



al Asia Menor, también residían allí (1). Estaba situada en una llanura sobre el río Meandro, y no es probable fuera entonces una ciudad magnífica, porque sus casas, ó al menos sus techos, eran de caña (2); tenía un fuerte, defendido por su posición y por un triple muro, y constantemente había una guarnición persa (3).

Todo concurría á hacer á este país rico y floreciente: una fecundidad extraordinaria, un gran comercio y hasta una montaña aurífera, el Tmolus. Al rededor de Sardis, se hallaban las inmensas llanuras por las que corrian los ríos Meandro y Caistro, aumentando su fertilidad el Strabon (4). La Lidia era también uno de los depósitos naturales de géneros asiáticos destinados á Europa. Aunque el comercio marítimo fuese casi patrimonio exclusivo de las ciudades litorales de Grecia, tomaban sin embargo parte en el comercio continental; de esto hay pruebas en los autores antiguos. La capital está descrita como un lugar donde se reunían los griegos, los frigios y hasta los pueblos nómadas para cambiar sus mercancías (5). Era un mercado principal de comercio de esclavos, de cuyos harenos los grandes de Persia sacaban sus eunucos; porque parece que esta mutilación se practicaba allí como por empresa. Los lidios son considerados como los primeros que han acuñado la moneda, invención que indudablemente prueba haber sido un pueblo muy comercial. Ellos fueron los primeros que habían levantado edificios públicos para recibir á los extranjeros. También la vida que llevaban entre ellos las mujeres, obligadas á ganar una pequeña dote á expensas de su castidad, es una prueba cierta de la grande afluencia de ricas extranjeras. Las relaciones de los dos sexos, en los países ó en las ciudades asientos del gran comercio, tienen por todas partes, y especialmente en Asia, un carácter enteramente particular. Se creen también en el de-

(1) Herodoto, IX, 108.

(2) Herodoto, V, 100. El fuego las consumió entonces; más tarde sí aparece descrita como una ciudad magnífica.

(3) Arrieno, I, 7. Sus minas subsisten todavía y están tan escarpadas, que sería difícil hollarlas sin peligro. Véase la relación hecha por el doctor Seetzen (*All. geogr.; Ephem.*, Febr., 1873).

(4) Strabon, p. 929.

(5) Steph., De Urb., V, Asia. Esta ciudad es aparentemente Sardis; porque una tribu de esta ciudad se la llamaba Asia; lo que hace á los lidios, están orgullosos por haber dado su nombre al continente. Herodoto, IV, 45.

ber de favorecer á los extranjeros: esto es lo que completa una buena acogida. La manera de obrar en análogas circunstancias, varía según las ideas morales que reinan en el país.

La industria de los lidios parece que la llevaron con preferencia á los objetos de lujo (1). Sus túnicas y vestidos eran de púrpura; y eran muy hábiles en manejar y componer los metales preciosos, de los que ya habían descubierto nuevas composiciones. Los templos griegos estaban colmados de ofrendas de sus reyes, descritas por Herodoto, aunque parece que estos presentes eran ordinariamente trabajados por artistas griegos. Hacían el comercio de oro en lingotes, que vendían á los griegos para las estatuas de sus dioses (2).

Fabricaban también juguetes, que llevaban á los griegos, ó que estos iban á buscar á su país. Su comercio parece que ha sido más bien pasivo que activo.

En la época de los persas, no se presentan ellos como pueblo navegante. Se dice también que en tiempos más remotos, las colonias que enviaron por mar á Etruria, fueron trasportadas en barcos griegos y no en sus propias embarcaciones (3). El oro se hallaba en el monte Tmolus; y el río Pactolo, que cruzaba la ciudad, arrastraba en su curso alguna cantidad, y lavaban las arenas que lo contenían (4); porque nada autoriza á creer que hubiese minas bien organizadas. El tesoro de los reyes de Liria, como más tarde el de los persas, estaba lleno de estas arenas de oro (5).

La costa de este rico país estaba cubierta de colonias griegas, procedentes de la raza jónica. También es conocida esta costa con el nombre de Jonia, aunque esté comprendida en el catastro de Persia con la Lidia (6). Doce de estas ciudades, entre las cuales figuran los célebres nombres de Focia, Efeso y Esmirna, formaban, en un espacio de cuarenta leguas, una cadena casi continua de establecimientos y edificios (6), que destacaban ya sobre el mar á la vista del extranjero por la fertilidad y por las riquezas de sus comarcas.

Favorecidas por su posición estas ciudades, compartieron con los fenicios el privilegio de ser los grandes mercados del comercio asiático y europeo. Sus puertos estaban llenos de bu-

(1) Herod., I, 50, etc.

(2) Herod., I, 69.

(3) Herod., I, 94.

(4) Herod., V, 101.

(5) Herod., VI, 125.

(6) Arrieno, I, 12.

(7) Herod., I, 142.



ques de todas las naciones vecinas del Mediterráneo. Sus escuadras, tanto en buques mercantes como en navíos de guerra, cubrían el mar Egeo. No obstante las grandes sacudidas políticas que desmembraron en parte estas ciudades, conquistaron sus constituciones político-republicanas. Resulta de aquí el espíritu de libertad y de independencia que se grabó tan profundamente en su carácter, que no pudo ser amortiguado, no obstante el fuerte poder de los persas, sin que le ahogara por completo.

Con un valor heroico habían resistido á Ciro, y una gran parte prefirió la emigración á la esclavitud. Levantáronse de nuevo bajo Darío, hijo de Histaspes, y juntos con los atenienses, incendiaron la ciudad de Sardis. Tomaron también parte en las guerras de los griegos contra los persas, ya como auxiliares obligados, ya como enemigos. Sus relaciones mútuas estaban, pues, determinadas por la fortuna de la guerra. Pero entre los griegos de Europa, era una idea dominante la de librar á sus compatriotas de Asia, lo que ocasionaba pretextos continuos á nuevas guerras con los persas. Esta idea política, como ordinariamente todas las que se prestan á fútiles pretextos, sobrevivió en cierta manera á sí misma. Pero también los persas llegaron á conocer que el espíritu comercial no se deja imponer los hierros de un despotismo ilimitado. Sin embargo, les importaba mucho reinar en estas ciudades, sacando su principal parte de la marina; decidieron dejarles solamente una aparente libertad. Sin gobernarles por sátrapas, supieron los reyes de Persia conservar allí sus partidarios, entre los cuales nombraban los magistrados civiles, los comandantes de las guarniciones, compuestas de tropas mercenarias. De esta suerte, el gobierno de estas ciudades fué unas veces oligárgico (1), otras veces confiado á un solo jefe, tildado ordinariamente entre los griegos con el nombre de tirano.

La escala de las ciudades griegas comerciales, iba á lo largo de la satrapía de Cária (2). La parte septentrional de la costa estaba ocupada por jonios; el Sur y la isla de Rodas, por griegos de la raza Doria, lo que ha hecho que esta comarca lleve el nombre de Dórida. A la Jonia pertenecía también Milet, reino de todas las ciudades griegas del Asia, y entonces, después de Tiro, la primera ciudad comercial del mundo, metrópoli fecunda de más de cien co-

(1) Así fué hácia el fin del imperio persa; Arrieno, I, 17, 18.

(2) En Arrieno se cita á la Cária como una satrapía, I, 20, y en otros lugares.

lonias, muchas de las cuales igualaron en riqueza y en grandeza á la madre patria, y más tarde la desvanecieron con la suya.

Desde la coalición general contra los persas, bajo Aristágoras, Milet suministró una escuadra de cien trincheras; semejantes escuadras se ven en otras ocasiones. Su inmenso comercio, no sólo se extendía por el Mediterráneo, sino, y con preferencia, en el mar Negro y el mar Azof, en el que hubieran deseado ellos solos hacer la navegación. Las riberas de los dos mares estaban por todos lados llenas de colonias milesianas, creadas en un principio para bien de la metrópoli; pero ya después se hicieron opulentas ciudades, de donde avanzaron los negociantes griegos hasta el interior de la Rusia europea y asiática, y de donde más tarde, si no entonces, afluyeron al Occidente los géneros de la India (1). Las ciudades dorias, entre ellas Halicarnaso, patria del padre de la historia, fué la más importante; no la igualaron las ciudades de la Jonia en la fertilidad de su suelo, ni por la extensión de su navegación (2). Los persas las promediaron igual suerte á todas. Los cários, habitantes originarios de aquellas comarcas, se habían visto obligados á retirarse al interior del país para dar asiento á las colonias griegas. Los cários eran en otro tiempo una nación poderosa y guerrera, que ocupaba las islas del mar Egeo, y se consagraba á la navegación y á la piratería. Espontáneamente se sometieron á los persas (3), quienes les dejaron por largo tiempo sus jefes ó reyes, de los que se hace mención también en la armada de Jerjes (4). Más tarde se consideró á este país como una provincia, y se le designó por los autores más modernos como una satrapía.

La satrapía de Alicia, así llamada la Frigia sobre el Helesponto, tocaba por el Norte con la Lidia. No habiendo nunca formado un estado particular, y estando habitada por varios pueblos, fué difícil, aun en tiempos antiguos, fijar sus fronteras. Griegos de la raza eolia habían ocupado el litoral y extendieron la serie de colonias cárias y lidias hasta el Helesponto y la Propóntida, donde Cezica, colonia de Milet, eclipsó todas las demás. El suelo del país,

(1) Véase la notable disertación de M. Rambag, *De Milet usque coloniis*. Sería de desear que varios de nuestros jóvenes tomaran por objeto de su estudio y disertaciones, algún punto de la historia ó de la geografía antigua.

(2) Herodoto, I, 142.

(3) Herodoto I, 174.

(4) Herodoto VIII, 87, donde hace mención del rey de Calicida, ciudad de la Cária.





aunque el clima fuese ménos dulce, superaba casi en fertilidad á la Jonia (1). La agricultura era la ocupacion ordinaria de los antiguos habitantes (2), probablemente de los de Misis, hermanos de los de Lidia y Cária, con quienes estaban unidos por el mismo culto (3). La posesion de este país era importante para los persas, porque era la llave de Europa, y les fué cada vez más necesaria, á medida que aumentaban con valores sus posesiones europeas en las guerras con los griegos, y cuando empezaron á temer las invasiones de los helenos y macedonios en Asia.

Sin embargo, sabemos por Jenofonte que se habia unido á la satrapía de Misis la parte occidental de la Bitinia, que la era vecina, donde estaba situada Dascilima, habitual residencia de los sátrapas (4). Esta fértil comarca, coronada de ciudades y aldeas, estaba sumisa á los persas; bien pronto haremos ver que sus relaciones con la Bitinia Oriental no fueron siempre las mismas. La gran meseta del Asia Menor comprendia las dos satrapías, la gran Frigia y la gran Capadocia, separadas por el Halys, rio el más notable de la península. La Frigia (5), que abrazaba tambien el país llamado más tarde Galatia, hubiera sido una de las más grandes satrapías, si los persas, tal vez con objeto de impedirlo, no la hubiesen desmembrado algunos distritos fronterizos para unirlos á las satrapías limítrofes. Es necesario comprender allí del lado Este, el distrito de la Liconia (6), situada dentro de la Capadocia y hacia el Oeste el distrito de Milias, dependiente de la Licia (7).

Los frigios, no solamente eran de los pueblos más antiguos y más grandes del Asia Menor, sino que habian sido en otro tiempo un pueblo poderoso y soberano, cuyo territorio parece que comprendia la principal parte de la península.

Se le consideraba como pueblo agrícola desde los tiempos más remotos (8), y supie-

(1) Herodoto I, 149.

(2) Herodoto I, 36.

(3) Herodoto I, 171.

(4) Véase Jenofonte, op., p. 503.

(5) La Frigia se la cita como satrapía; Arrieno, I, 25. Jenofonte, Anab. VII, Op., 427; y en otros lugares.

(6) Jenofonte, loc. cit.

(7) Arrieno, I, 24.

(8) Así se los considera ya en las tradiciones más antiguas relativas á algunos de sus reyes, como por ejemplo, en la Lityersos; *Biblioteca de las antiguas artes y literatura*. St. VII, Ined. pág. 9, etc.

ron mantener esta reputacion en tiempo de los persas (1). La naturaleza de su país, que por lo general presenta una gran llanura fértil y bañada por varios rios, no pudo ménos de favorecer este género de vida. Con gran celo se dedicaron al cuidado de los ganados, especialmente del lanar (2). En los alrededores de su capital Celcena, habia rebaños, cuya lana era buscada con afán, no solamente por su extremada finura, igual á la de la lana milesiana, sino tambien por su acabado color negro.

Parece que es una propiedad del país del centro del Asia Menor dar al pelo de los animales una dulzura y finura particulares, sin que reconozcamos la causa. No solamente tienen estas cualidades las ovejas, sino tambien las cabras y conejos; pues se sabe que la cabra y conejo de Angora habitan estas comarcas (3).

El pelo de cabra se tejía ya en tiempo de los persas, porque Aristóteles observa que esquilaban las ovejas y cabras en aquellas comarcas (4). Tambien de los vestidos de pelo de conejo se han ocupado los autores antiguos, si bien más modernos (5).

El lugar principal de la satrapía era Celcena, ciudad rica y magnífica. Estaba situada sobre la gran vía de comercio que conducia de Asia á Mileto y á Efeso. Esto es lo que la hizo ser uno de los principales depósitos de comercio interior. Los mercaderes se dirigian de allí á Carura, famosa tambien por sus grandes paradores, y frontera comun de la Cária, de la Frigia y de la Lidia (6). En esta ciudad habi-

(1) Schol Theocrit ad Idill., X, 4 t.

(2) Herodoto, I, 5.

(3) La Angora actual es la antigua Ancira, en el Noroeste de la Frigia, ó bien la Galatia de tiempos posteriores. Es necesario no confundirla con otra Ancira en la frontera de la Misis, de donde viene el famoso mármol. Aún hoy las colinas de los alrededores de Angora están cubiertas de millares de estas cabras. Porter, II, pág. 120.

(4) Aristot., *Hist. animal*, VIII, Op., I, pág. 701.

(5) Véanse sobre esta materia las investigaciones instructivas de Beckmann, sobre el pelo de camello. *Vorbercitung zur Vaarenkunde*, t. I, pág. 466, etc. Estamos satisfechos con haber podido aducir nuestra observacion sobre el antiguo uso del pelo de conejo, tomada de la *Exposicion de todo el mundo*, de un anónimo, en Jac Gbonovii, *Geographica antiqua*, p. 261. Este escrito data de la primera mitad del siglo IV, y parece que ha sido compuesto originariamente en griego. No tenemos más que una traduccion, en latin bárbaro, pero sin mérito.

(6) Strab., pág. 867. El los llama *Pandopia*. O la Corura de Strabon es la *Cydraca* de Herodoto (VII, 30, 31), donde se separaban las vias de Cária y de Lidia, ó de Sardis y de Milet, segun se viene del in-



taba en tiempo de Jerjes el particular más rico de toda la Asia, que ofrecia al rey de Persia, á su paso, un presente de varios millones de dinero contante para subvenir los gastos de la guerra, y tenia aún enormes riquezas en bienes raíces y en esclavos (1).

La residencia ordinaria de los sátrapas de Persia, Celcena, tenia su palacio real, edificado, segun se cuenta, por Jerjes, adornado con otros establecimientos, hermosos jardines, suficientes para la caza de animales salvajes y poder acampar allí un ejército de doce mil hombres (2). Se citan tambien otras ciudades ricas y de mucha consideracion de esta satrapía en tiempo de los persas: Colosa, Sagalassus (3) y otras ménos notables. Herodoto cuenta á los frigios como uno de los pueblos más opulentos del Asia Menor. La parte del SE., ó la Liconia, unida, como ya lo hemos hecho notar, á la satrapía de la Capadocia, era una llanura salina, donde se hallaba un gran lago, llamado Fatta. El cuidado de las ovejas era casi la única ocupacion de los habitantes. Pero aunque sus rebaños fuesen numerosos, no suministraban lana tan fina como en los alrededores de Celcena (4).

La Capadocia era en tiempo de los persas el nombre genérico de los países entre el Halys y el Eufrates, separados por el primero de la Frigia y de la Paflagonia, y por el segundo, de la Armenia. Se confundian con la Capadocia propiamente dicha, las comarcas llamadas posteriormente el Ponto. Los autores contemporáneos no citan divisiones más exactas; pero segun Strabon, estaba ya dividido el país por los persas en dos satrapías, la gran Capadocia y la Capadocia sobre el Ponto (5), lo que valió á este país más tarde el nombre de Reino del Ponto.

Mas aun cuando esta division hubiese sido efectivamente hecha por los persas, sin embargo, quedaria la duda de que hubiera sido siempre observada. Los pocos datos históricos conservados de este país en tiempo de los persas, nos hacen ver que los soberanos colocaron allí un sátrapa despues de la primera conquista, miembro de la familia real ó de la raza de los Aquemenidas, cuyos descendientes conservaron este

terior del Asia, y donde Creso hizo notar los límites que separan la Cária de la Frigia; ó al ménos estaba en sus cercanías.

(1) Herodoto, VII, 27.

(2) Jenofonte, *Anab. Op.*, pág. 246.

(3) Herodoto, VII, 30; Jenofonte, I, c.

(4) Strab., págs. 852 y 853.

(5) Herodoto, VII, 30; Jenofonte, I, c.

gobierno bajo el título de reyes. Eran estos ordinariamente tributarios de los persas, pero algunas veces tambien eran independientes, segun las circunstancias, ó bien poseian otras satrapías limítrofes, cuyos límites no seria fácil fijar exactamente (1). En tiempo de la retirada de Jenofonte, la Capadocia, así la grande como la pequeña, estaban gobernadas por Mitrídates, y aunque participe de la rebelion de Ciro el Joven, conservó su satrapía; véase al mismo Mitrídates, despues de la derrota de Ciro, aparecer de nuevo como tributario del rey de Persia (2). Su hijo Ariobarzan era sátrapa de Frigia viviendo su padre, y despues que este murió adquirió los países que habian reconocido la autoridad de Mitrídates (3). Tambien los soberanos posteriores del Ponto, hasta el gran Mitrídates, hacian descender su raza de la familia de los antiguos reyes de Persia, por más que sea fácil contradecir la exactitud de esta genealogía.

La gran Capadocia ó Capadocia propiamente dicha (4), ofreció siempre un suelo poco favorecido por la naturaleza. Se cultivaba el trigo en las tierras laborables; pero la mayor parte del país estaba cubierto de altas estepas, propias solamente para los pastos de ovejas, y estaba bajo la influencia de un clima rudo é ingrato. Añádase á esto la falta casi absoluta de bosques, y como es consiguiente, limitada la construccion de edificios. La mayor parte del país se veia despoblado de ciudades; los habitantes, viviendo como pastores, sin ser nómadas, permanecian en las cabañas. Hasta su misma capital, Mazaca, parecia más bien un campo que una ciudad. En las regiones fértiles habia, sin embargo, dos ciudades, Comana y Morimena, notables especialmente por sus constituciones religiosas, que eran comunes con algunas otras ciudades del Asia Menor (5). Los mis-

(1) Estos fragmentos de la historia de los soberanos del Ponto y de la Capadocia han sido reunidos con mucho cuidado por Vaillaut, en su *Historia Achaemenidarum seu regum Ponti Baphori et Bithynia*. Nos hacen ver que la historia del reinado de los primeros de estos principes, desde el imperio persa, no tiene más fundamento que suposiciones y conjeturas.

(2) Jenofonte, *Anab. Op.*, pág. 427.

(3) Diodoro, II, pág. 73, A. Wessel.

(4) Además del pasaje citado de Strabon, la Capadocia, unida á la Licania, se la encuentra tambien como satrapía en Jenofonte. *Op.*, p. 427.

(5) Tomamos estos apuntes de Strabon; pueden aplicarse sin duda á la época de los persas. Los escritores de aquel tiempo hablan muchas veces de la Capadocia; pero dan tan pocos pormenores, que se